

## **INTRODUCCIÓN. LA ECONOMÍA COMO CIENCIA SOCIAL: EVOLUCIÓN DE SU OBJETO Y MÉTODO**

La economía es una ciencia social porque 1) sus leyes son empíricas, 2) porque los hechos que selecciona para el análisis están cargados de teoría y 3) porque el individualismo metodológico que se aplica en la investigación económica está restringido por el proceso de socialización.

1) A diferencia de las ciencias experimentales, la economía se enfrenta a fenómenos caracterizados por un menor grado de uniformidad o constancia, con los que es muy difícil realizar experimentos controlados. Por ello, las leyes de la economía son leyes empíricas: se basan en la experiencia y tienen un grado de generalidad menor que las leyes de la física.

2) Dada la posibilidad de comprensión empática de los fenómenos económicos y la confusión entre el sujeto observante y el objeto observado (se supone que los economistas son seres humanos y que la economía se ocupa del comportamiento de esa especie) la mera elección de una muestra de fenómenos, de entre un infinito número de observaciones posibles, significa establecer una teoría, de tal manera que los hechos están impregnados de conceptos, controlados por hipótesis que no permiten posibles observaciones contradictorias, contaminados por valores estéticos, morales, religiosos, políticos o ideológicos, y contaminados por los intereses personales de los propios economistas.

3) Y mientras que en las ciencias experimentales se puede aislar a los individuos o átomos de una sistema para, a partir de ellos, explicar la realidad, en la ciencia económica este individualismo o atomismo metodológico está restringido por la dificultad que supone aislar a los individuos de su contexto general, especialmente debido al proceso de socialización o reproducción social por el que todos los humanos pasan, mediante el aprendizaje de las normas sociales, por un largo período de dependencia, primero biológica y luego económica, hasta convertirse en miembros independientes de una sociedad.

Puesto que la economía es una ciencia social, la historia del pensamiento económico estudia algo más que la mera evolución de la corriente principal de la teoría económica que ha tomado como modelo de ciencia a la física. 1) Estudia las teorías alternativas, las corrientes heterodoxas que han sido influidas por otras ciencias como la biología, la historia o la sociología. 2) Se ocupa del aspecto explícitamente normativo de la economía (es decir, el que se refiere a cómo deben ser los hechos, en conexión con la ética, que ha sido una parte fundamental en la historia de la disciplina) y de desvelar los supuestos implícitos (y que a menudo son normativos) de una buena parte de la economía positiva

(la que supuestamente se ocuparía de hechos sin establecer juicios de valor). 3) La historia del pensamiento económico analiza, también, el arte de la economía (la política económica, que relaciona las fuerzas económicas con el entorno general), que ha sido objeto de atención preferente de determinadas escuelas de pensamiento económico en el pasado. En definitiva, 4) la historia del pensamiento económico combina la reconstrucción racional de la teoría económica (que estudia las teorías del pasado a la luz de los avances posteriores) con la reconstrucción histórica de la misma (teniendo en cuenta el contexto del momento y las intenciones de los economistas que formularon las teorías). En la medida que la economía, como cualquier ciencia es *path dependent* (dependiente de la trayectoria), la historia del pensamiento económico no es una especialización dentro de la ciencia económica, es la economía desplegada en el tiempo (González 1977: 527-528; Ekelund y Hérbert 1991: 70; Gordon 1995: 61-69, 673-683, 688-691, 695-707, 712; Lysandrou 1996: 578-579; Landreth y Colander 1998: 4-5; Blaug 2001: 147, 150-152, 156-157; Backhouse 2002: 1-3).

### **1. De Aristóteles a Marx**

En vista de que su profesionalización ha tenido lugar en el siglo XX, la economía es una ciencia social muy joven. Hasta 1903 (cuando se convirtió en un saber autónomo), la economía formó parte de la ética, de la historia o de la filosofía moral (lo que en el siglo XVIII era equivalente a ciencia social, por oposición a la filosofía natural). Aun si se adopta un punto de vista más amplio y se considera la economía no como una ciencia sino como una disciplina intelectual, sigue siendo un saber reciente: antes de 1500 ningún grupo de pensadores se preocupaba de manera exclusiva por comprender la economía y los que trataron los asuntos económicos lo hicieron como parte de la ética.

Uno de los primeros y más influyentes pensadores económicos fue Aristóteles (siglo IV a.C.). Para él la economía constituía el arte de la administración del propio patrimonio. Dicho arte formaba parte de la ética porque la riqueza era un medio para un fin y, por tanto, estaba limitado por ese fin, que se concretaba en el bienestar valorado en términos de felicidad, teniendo en cuenta además que la polis (la ciudad, lo público) era anterior al ciudadano: dicho de otra manera, la explicación científica de los fenómenos sociales debía basarse en leyes relacionadas con las acciones de entidades más amplias que los individuos (holismo metodológico). A partir de esta concepción normativa de la economía, Aristóteles utilizó el término *crematística* para designar el arte de adquirir la riqueza (*crematística natural*) y la ganancia monetaria, la cual había conducido al principio, contrario a la moral natural, de

que la riqueza era ilimitada, era un fin en sí mismo (de ahí que Aristóteles la denomine crematística antinatural). Así, la aportación fundamental de Aristóteles fue subrayar la vinculación de la economía con la satisfacción de necesidades para un determinado fin, significado que persistió en la filosofía moral hasta el siglo XVIII y que entre otros compartirían Adam Smith, y luego John Stuart Mill, Marx, Keynes o recientemente el premio Nobel de Economía Amartya Kumar Sen, a quien se debe la recuperación de las reflexiones éticas y sobre el bienestar para la ciencia económica y que ha sido el inspirador intelectual del paradigma del desarrollo humano de Naciones Unidas (y sus índices asociados, Índice de Desarrollo Humano, Índice de Desarrollo Sostenible, Índice de Desarrollo de Género e Índice de Pobreza Humana). En la actualidad esta visión del objeto de la economía es heterodoxa frente a la concepción neoclásica de la economía ocupada de la satisfacción de deseos concebidos como ilimitados (sin ningún fin). En este caso los recursos, por definición, *son* (no pueden ser otra cosa que) escasos en relación con los deseos ilimitados, que, además, resultan independientes de los de otros individuos y de los oferentes de bienes y servicios. En cambio, una definición de la economía vinculada a la satisfacción de necesidades, como la que propuso Aristóteles, implica que los recursos *deberían ser* abundantes en relación con las necesidades humanas y, por tanto, el problema económico no es la escasez sino la mala distribución de los recursos entre personas, generaciones, países y géneros (Finley 1974: 15-16; 1979: 186-189, 202, 206; 1992: 64-83, 133-134; Ekelund y Hérbert 1991: 15; Landreth y Colander 1998: 7; Fukuda-Parr 2003).

Entre 1500 y mediados del siglo XVIII, la cantidad de literatura concerniente a la economía aumentó de un modo significativo en Europa occidental bajo la genérica denominación de mercantilismo. A medida que se afianzó y legitimó la clase de los comerciantes, los asuntos económicos abandonaron la esfera de las preocupaciones éticas que había absorbido a los escolásticos durante la Edad Media por influencia de Aristóteles y del cristianismo. Los escolásticos se habían aproximado a los asuntos económicos con un enfoque normativo y una metodología deductiva, sustituyendo las intuiciones aristotélicas por la fe y el argumento de autoridad con el fin de cerrar cualquier duda acerca de la verdad de las premisas de sus razonamientos. Partiendo de estas premisas evidentes por sí mismas creían llegar a conclusiones también ciertas sobre casos particulares, utilizando las reglas de la lógica. Sin embargo, los que a partir de 1500 escribieron sobre asuntos económicos, en su mayoría comerciantes, se aproximaron a la realidad con un enfoque radicalmente distinto. En un contexto en que las ideas de Aristóteles se empezaban a poner en duda ante el avance de nuevos

descubrimientos científicos de Copérnico, Kepler y Galileo, los que estudiaron los problemas económicos lo hicieron desde un enfoque más positivo que normativo, ligado a la recuperación del método inductivo por parte del empirismo filosófico. Si la deducción es el paso desde premisas generales ciertas a conclusiones también ciertas sobre casos particulares, utilizando las reglas de la razón lógica (racionalismo), la inducción es el paso de proposiciones particulares a las que se llega por la observación de los sentidos (empirismo) a enunciados o leyes generales y, según Aristóteles, sólo era un método aplicable a universos cerrados y controlados. Pero los métodos deductivo e inductivo no eran incompatibles entre sí. De hecho, el libro de ciencia que marcó el canon metodológico hasta principios de siglo XX fueron los *Principios matemáticos de filosofía natural* (1687) de Isaac Newton, una combinación de rigurosas deducciones e inducciones que se levantó como alternativa empirista exitosa a la visión racionalista del mundo físico de Descartes y que inspiró a los ilustrados escoceses Hume y Smith.

A principios del siglo XVII hizo su aparición en Francia el término *économie politique*, en pleno desarrollo del Estado-nación bajo el absolutismo y su política económica de acompañamiento, el mercantilismo: no es casual que la economía se definiera entonces como la ciencia de la adquisición de riqueza y que el adjetivo política acompañara al sustantivo para subrayar la importancia del Estado. La economía política entonces fue sinónimo de la administración de los asuntos del Estado con el fin, no de satisfacer las necesidades de los súbditos, sino de conseguir el engrandecimiento del Estado. A finales de dicha centuria, William Petty sería el primero en utilizar el término *political economy* en Inglaterra; como fundador de la aritmética política su preocupación fundamental era cuantificar los fenómenos económicos en lo que fue una de las primeras versiones del operacionalismo o fisicalismo en economía, posición filosófica que defiende que los conceptos sólo tienen significado si se les puede asignar valores físicos. En el siglo XVIII, los fisiócratas franceses reclamaron para sí el nombre de economistas y constituyeron la primera escuela del pensamiento económico, con su estructura maestro-discípulos, su órgano de expresión, su metodología deductiva ligada al racionalismo filosófico de Descartes (los fisiócratas elaboraron el primer modelo económico abstracto), y su actuación como grupo organizado que trató de influir sobre la política económica del gobierno. A pesar de proceder de un linaje filosófico opuesto, los fisiócratas influyeron en la definición del objeto de la economía que dio Adam Smith: para ellos, la economía política era la ciencia de la producción y distribución de la riqueza en el contexto de la administración de los recursos de una nación, teniendo en cuenta todos los

recursos naturales y otros que luego serían excluidos de la condición de bienes económicos.

Adam Smith, catedrático de filosofía moral, era seguidor filosófico de Newton y destacado miembro de la Ilustración escocesa. Su principal influencia metodológica fue la de uno de los máximos exponentes de ese movimiento ilustrado, David Hume. En su famoso “problema de la inducción” (como se le ha conocido retrospectivamente), Hume planteó que la inducción no puede conducir a generalizaciones o leyes que posean certeza, o dicho de otra manera, que la observación de una conjunción repetida de acontecimientos no asegura que los mismos fueran a combinarse del mismo modo en el futuro y, por tanto, el principio de causalidad debe descartarse porque no es directamente observable y ser sustituido por la noción de probabilidad. Sobre tal noción se desarrollaría buena parte de la estadística en el siglo XX: cuantas más veces pudiera observarse la correlación entre dos fenómenos mayor sería la probabilidad de que pudieran repetirse, aunque nunca podría demostrarse una relación causa-efecto entre ambos.

Con el bagaje metodológico de Hume y la influencia de los fisiócratas, Adam Smith definió la economía política, en su *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones* (1776), como “una rama de la ciencia del hombre de Estado o del legislador”, cuyo objetivo es tanto asegurar “un ingreso abundante o la subsistencia para el pueblo” como suministrar “un ingreso suficiente para los servicios públicos al Estado o al interés común”. Igual que para los fisiócratas, la economía política era, para Smith, la ciencia de la producción y distribución de la riqueza, definida como el conjunto de los medios materiales para satisfacer necesidades humanas. Esta concepción fue asumida en términos generales por la escuela clásica británica de economía política y por Marx. Sin embargo, dentro de este grupo de economistas apareció una clara diferenciación. Para Smith y Marx, la economía política era una rama de la filosofía (no en vano ambos eran filósofos) y sus leyes y categorías tenían una naturaleza histórica, de manera que el contexto institucional debía ser especificado; ambos eran relativistas metodológicos, como lo sería también la escuela histórica alemana, aunque a diferencia de la misma, tanto Smith como Marx rechazaron el individualismo y el holismo metodológico, para compartir una posición dualista (reconoce que el comportamiento de los individuos está marcado por el entorno institucional, sin excluir el problema de la agencia). Ricardo, en cambio, pese a ser en muchos aspectos la fuente principal de inspiración de Marx, intentó acercar las leyes de la economía política (por definición leyes empíricas) a las leyes analíticas de la física: tomando como dado el contexto institucional, consideró desde una posición de absolutismo metodológico que

las leyes de la economía eran leyes universales y que la economía era una rama independiente de –y ajena a– las ciencias sociales y la historia,. Así, la teoría económica, que en Hume, Smith y Malthus estuvo vinculada estrechamente a la historia económica, se separó de la verificación histórica por la influencia metodológica de Ricardo. El primer John Stuart Mill llegó a definir las leyes económicas de la producción como leyes invariables, leyes de tendencia que, sujetas a la restricción *ceteris paribus*, se cumplieran en ausencia de causas perturbadoras concretas. La combinación del método deductivo e inductivo que en Hume, Smith y Malthus era el canon y que también practicaron John Stuart Mill en su madurez y Marx, fue abandonado por Ricardo, quien, al adscribirse al método deductivo y reducir los límites de lo económico a los factores y mercancías directamente útiles para la producción o el consumo que habían sido apropiados, facilitó el cambio de paradigma hacia la economía neoclásica, tras la revolución marginalista (Groenewegen 1987: 905-907; Walsh 1987: 864; Naredo 1987: 420; Gordon 1995: 37, 40, 47-57, 132, 224, 631-635, 653, 666-667; Oldroyd 1993: 95-118, 122-132, 170-185, 235-236).

## 2. La reducción marginalista y neoclásica

¿Cómo se pasó de la economía clásica a la neoclásica? Los filósofos de la ciencia consideran desde Karl Popper (*La lógica del descubrimiento científico*, publicada en alemán en 1934 y traducida al inglés en 1959) que ésta avanza por el enfrentamiento de teorías alternativas, en una característica visión dialéctica que se remonta a Hegel: a una teoría o tesis se le opone otra en forma de antítesis, que da como resultado una modificación de ambas en una nueva síntesis superadora, la cual enlaza como tesis con la siguiente cadena teórica. Para entender el planteamiento de Popper hay que distinguir entre los dos modos lógicos de argumentación: el *modus ponens* (*mp*) y el *modus tollens* (*mt*). Consideremos el siguiente silogismo hipotético:

- 1) la población crece en progresión geométrica,
  - 2) la producción de alimentos crece en progresión aritmética,
- luego
- 3) la cantidad de alimentos per cápita tenderá a disminuir con el tiempo.

El *mp* consiste en realizar una investigación empírica de 1) y 2), de manera que si 1) y 2) son verdaderas, 3) ha de ser verdad: éste era el método lógico que siguieron los escolásticos y más tarde los marginalistas con su razonamiento hipotético-deductivo. El *mt*, en cambio, consiste en efectuar una

investigación empírica de 3), de manera que si 3) es falso la lógica nos dice que 1) o 2), o ambos, han de ser falsos. Popper sostiene que el razonamiento científico debe utilizar la forma de deducción *mt* a partir de la falsedad observada de la conclusión, ya que si bien la veracidad empírica de una conclusión no nos dice nada seguro de las premisas sobre las que dedujo lógicamente, la falsedad empírica de una conclusión es un indicio seguro de que, al menos, una de las premisas tiene que ser falsa (si se encuentra un solo país o época histórica en que la cantidad de alimentos per cápita aumenta a largo plazo, la premisa 1 o la 2 o ambas son necesariamente falsas). Para Popper, las teorías científicas eran conjeturas provisionales que no podían verificarse a través de pruebas empíricas, tan solo refutarse (Harris 1979: 31-32; Katouzian 1982: 63, 97, 102-108, 193-216; Blaug 1985: 22-43, 114-118, 123-134, 148-149, 153, 288; Boland 1987: 455; Caldwell 1987: 923; Hargreaves-Heap y Hollis 1987: 166; Walsh 1987: 861-862; Wong 1987: 921; Samuelson 1994: 279-280; Gordon 1995: 55, 422-423, 639-642, 650-651, 696-697, 703-704; Barbé 1996: 29; Dow 1997: 76; Landreth y Colander 1998: 12).

Ahora bien, Popper considera que una teoría no podía rechazarse hasta que se dispusiera de otra mejor, lo que daba lugar a la existencia de “estratagemas inmunizadoras” mediante el desarrollo de hipótesis *ad-hoc*, siguiendo un “principio de tenacidad” de la ciencia. Esto llevó al historiador de la ciencia, Thomas Kuhn, a contemplar el avance de la ciencia no como un progreso continuo a través de la falsación, sino como un fenómeno caracterizado por largos períodos de normalidad rotos por crisis revolucionarias. En su libro *La estructura de las revoluciones científicas* (1962), Kuhn distinguió entre los períodos de ciencia normal y de ciencia revolucionaria. La ciencia normal era la práctica científica que considerada durante cierto tiempo como ortodoxa: esto implicaba la existencia de un “colegio invisible” de científicos, que compartía una misma visión del mundo o “paradigma”, es decir, un conjunto de supuestos y procedimientos que no se ponen en cuestión y de problemas o “enigmas” a resolver delimitados de antemano. Durante estos períodos de ciencia normal, la ciencia se desenvuelve siguiendo lo que los filósofos de la ciencia denominan doctrina del convencionalismo, según la cual las teorías e hipótesis científicas son simplemente instrumentos para ordenar y comunicar información, que funcionan porque los miembros de la comunidad científica conocen las reglas y las obedecen. Pues bien, desde principios del siglo XIX hasta la década de 1860, los economistas clásicos formaron ese colegio invisible, establecieron un conjunto de supuestos y procedimientos que nadie cuestionaba (la teoría objetiva del valor, la doctrina del fondo de salarios, la teoría malthusiana de la población o la ley de hierro de los salarios) y fijaron como problemas a resolver los del crecimiento y

la distribución. Según Khun, el período de ciencia revolucionaria está asociado a la proliferación de “anomalías” que impiden dar respuesta a nuevos problemas o que ponen en cuestión el paradigma dominante, lo que lleva a acumular un gran número de modificaciones *ad-hoc* del paradigma dominante, hasta que éste entra en crisis y es sustituido por otro. Aplicando el análisis de Khun se podría comprobar que la economía política clásica conoció ese fenómeno de proliferación de anomalías en la época de Mill y Marx. Ahora bien ¿a qué se debió su sustitución, tras la revolución marginalista, por la economía neoclásica a fines del siglo XIX? (González 1977: 509-512, 527-528; Katouzian 1982: 126; Blaug 1985: 48-52; Urbach 1987: 795; Backhouse 1988: 18-20; Ekelund y Hérbert 1991: 70; Gordon 1995: 642-649, 651-652, 657-659; Schwartz 1997: 93; Dow 1997: 77, 85-86; Landreth y Colander 1998: 4).

Siguiendo al discípulo de Popper, Imre Lakatos, se podría pensar que los economistas eligieron el mejor programa de investigación que tenían a mano de acuerdo con criterios racionales. Para Lakatos un programa de investigación es un grupo de teorías más o menos interrelacionadas que tiene dos componentes: un “núcleo duro” de supuestos aceptados provisionalmente que se consideran irrefutables, y un “cinturón protector” de hipótesis auxiliares para hacer frente a las anomalías y que sí es posible falsar para evitar las “estratagemas inmunizadoras” de las que hablaba Popper. A medida que uno de estos programas se enfrenta con falsaciones experimentaría variaciones en su cinturón protector, que podían dar lugar a un cambio temático de carácter “progresivo” o a uno de carácter “degenerativo”. Un programa es teóricamente progresivo si las sucesivas formulaciones del mismo suponen un aumento del contenido empírico que prediga hechos nuevos hasta entonces imprevistos. Por el contrario, un programa era teóricamente degenerativo si sólo intenta acomodar hechos anteriormente observados. El caso de la economía política clásica sería el de un programa que dio lugar a un cambio temático de carácter degenerativo cuando John Stuart Mill cuestionó uno de los supuestos de su núcleo duro: que el fondo salarial sólo se destinaba a la inversión (Katouzian 1982: 135-136; Blaug 1985: 54-57; Hargreaves-Heap y Hollis 1987: 167; Backhouse 1988: 20-22; Gordon 1995: 660-662).

A partir de 1870, el continuo progreso tecnológico (la segunda revolución industrial), unido a una mejora de los salarios reales en los principales países desarrollados constituyeron profundas anomalías que dejaron en evidencia tanto el núcleo duro (la teoría del fondo de salarios) como el cinturón protector (la teoría de la población de Malthus y el principio de los rendimientos decrecientes)

del programa de investigación de la economía política clásica. Pero hay otras razones que explican el triunfo de la economía neoclásica ajenas a los análisis de Kuhn y Lakatos sobre la evolución de los paradigmas y programas de investigación científicos. En la década de 1980, la llamada escuela de sociología de la ciencia de Edimburgo estableció que la sustitución de unos programas de investigación por otros no se basaba en su superior potencia explicativa o predictiva, sino que dependía de factores externos como el entorno político, social y económico (según esta escuela todo conocimiento es conocimiento situado). Por su parte, el economista Donald McCloskey (*La retórica de la economía*, 1985) sostuvo que una teoría podía ser aceptada no por su verdad inherente, sino porque se dedicaba con éxito a convencer a otros de su valor haciendo uso de una retórica más persuasiva. En estas dos aportaciones cabría encontrar algunas de las razones que facilitaron el cambio de paradigma desde la economía clásica a la neoclásica. Entre las décadas de 1860 y 1880, se produjo la irrupción del movimiento obrero internacional, bajo la creciente influencia del marxismo. En ese contexto, una teoría que no hiciera referencia al trabajo, ni a los medios de producción, que prescindiera de la división de la sociedad en clases y de conceptos como excedente y explotación, y que mostrara, en definitiva, cómo el mercado funcionando sin trabas proporcionaba una asignación de recursos óptima, estaba destinada a tener un éxito académico seguro, aunque se dedicara a estudiar el mundo real no a partir de lo que era importante, sino de lo que era más sencillo (la teoría del intercambio). Y si lo hacía con una de las herramientas que constituían la base de las ciencias experimentales, el cálculo diferencial, su retórica sería, además, muy persuasiva (Harris 1979: 36-37; Blaug 1985: 63; Gordon 1995: 663-666, 707; Boland 1987: 456; Stettler 1995: 392, 397; Dow 1997: 79; Landreth y Colander 1998: 14).

Así, desde finales de la década de 1870, en su obsesión por convertir la economía en una ciencia puramente deductiva, la revolución marginalista abandonó la preocupación por la satisfacción de las necesidades humanas de la economía política que tan peligrosas derivaciones habían tomado con la lectura de los clásicos por Marx, para centrarse en los deseos ilimitados. La *political economy* se fue convirtiendo en *economics* o economía pura. La (contra) revolución marginalista provocó un cambio en el objeto y el método de la economía. El británico Jevons, que siguió utilizando el término *political economy* en el título de su manual publicado en 1871, definió (el método de) la economía (*economics*) como “una especie de Matemática que calcula las causas y los efectos de la actividad humana”; esta idea de la economía como una ciencia objetiva, ajena a los juicios de valor, resultaba un dique de contención contra la crítica de Marx de que la economía política clásica era pura ideología burguesa, un

sistema de justificación de los intereses de los capitalistas. El cambio respecto al objeto de la nueva ciencia económica tardó más tiempo en explicitarse (no se produciría hasta la década de 1930). Entretanto, los teóricos del marginalismo (cuyo principio descubrieron simultáneamente entre 1871 y 1876 Jevons, Menger y Walras) se dedicaron a reducir los límites de lo económico. El fundador de la escuela austríaca, Menger, contribuyó decisivamente a esa tarea al excluir de la consideración de bienes económicos a los que no eran escasos; frente a estos bienes libres, los bienes económicos eran por definición limitados, dado lo ilimitado de los deseos humanos, y, en consecuencia, su valor dependía no de los costes de producción (como pensaban los clásicos y Marx a partir de una teoría del valor que remitía al trabajo como fundamento último del mismo), sino de su utilidad marginal. Walras, el fundador de la escuela del equilibrio general, sistematizó esa visión reduccionista de los límites de lo económico en su definición de la riqueza social como el conjunto de bienes materiales o inmateriales que son escasos (disponibles en cantidades limitadas) y útiles (capaces de satisfacer un deseo), bienes que, en consecuencia, deben ser apropiables, valorables e intercambiables a ciertas tasas de intercambio o precios, y producibles en la medida en que interesa hacer su cantidad menos limitada de lo que es.

Más tarde, Marshall incorporó el término *economics* por primera vez al título de una monografía que publicó en 1879. Y luego sacó adelante la primera licenciatura independiente en economía del mundo en la Universidad de Cambridge (1903). Marshall, en su famoso manual *Principios de economía*, publicado en 1890, trató de conciliar las viejas preocupaciones clásicas sobre “los requisitos materiales del bienestar” con las de la escuela marginalista sobre las preferencias. Ello, unido a su intento de compaginar las teorías del valor de los clásicos y los marginalistas, le convirtió en el jefe de la escuela neoclásica. Pero esta escuela asumió la labor reductiva del marginalismo. Merced a su gran influencia en círculos políticos, Marshall propició la clasificación de las amas de casa, que hasta entonces figuraban en los censos británicos dentro del grupo de trabajadores desocupados, como población dependiente. Ello contribuyó, más que muchas definiciones anteriores, a concretar qué eran bienes y servicios económicos a través de la consolidación de ese cambio en el Sistema de Cuentas Nacionales (SCN). Frente a los esfuerzos de las pioneras de la economía feminista como Margaret Reid (autora de la *Economía de la producción doméstica*, 1934), la economía se alejó durante mucho tiempo de la preocupación por la satisfacción de necesidades (bienestar) y legitimó, vía estadística oficial, la marginación de las mujeres llevada a cabo desde los días de Aristóteles y los clásicos. Si para aquel el hombre era el productor y y la mujer la consumidora, para los clásicos (igual que para Marx)

el trabajo doméstico, al ser considerado improductivo, quedaba encerrado en la esfera separada de la familia frente al mercado, así que los neoclásicos simplemente dejaron de tenerlo en cuenta pues, al estar fuera del mercado, no reunía la categoría de servicio económico.

Después de casi un siglo de reducción del objeto de la economía, desde Ricardo a los orígenes del SCN, la definición neoclásica de economía encontró su plasmación canónica en 1932, cuando el seguidor británico de la escuela austríaca, Lionel Robbins, publicó *Un ensayo sobre la naturaleza y significado de la ciencia económica* (1932): la economía debía convertirse en “un sistema de conocimiento teórico y positivo”, partiendo de premisas verificables por introspección personal. A partir de dichas premisas, Robbins aplicaba el método hipotético-deductivo siguiendo el razonamiento lógico *mp*: así, si 1) Robbins es un maximizador de su utilidad y 2) Robbins comparte la condición de consumidor con otros agentes económicos, entonces 3) los consumidores son maximizadores de su utilidad. En consecuencia, la teoría económica debía analizar los fenómenos sociales en función de las acciones racionales de los individuos: frente al enfoque relativista y dualista de las escuelas clásica, marxista e institucional (o al relativista y holista de la escuela histórica), el absolutismo y el individualismo metodológicos se convertirían desde entonces en la marca distintiva de la economía de la corriente principal, que se presentaría a sí misma como una ciencia objetiva, libre de juicios de valor (Groenewegen 1987: 905-906; Naredo 1987: 420-421; Folbre 1991: 472-473; Nelson 1992: 117-118; 1995: 142-143; Gordon 1995: 697; Landreth y Colander 1998: 7-8; Domínguez 2001: 187-196).

### **3. De la primera a la segunda crisis de la teoría económica**

Contra esta visión de la economía como microeconomía, Keynes mantuvo por la misma época que la economía “es un método más que una doctrina... una técnica de pensamiento”. Esta definición implícitamente llamaba a recuperar la preocupación de la vieja economía política por la resolución de problemas agregados y es la que influyó en la famosa metáfora de su discípula Joan Robinson para quien la economía es “una caja de herramientas”. Las herramientas sirven para arreglar las cosas que no funcionan y lo que no funcionaba en los tiempos de Keynes (las décadas de 1920 y 1930) era la hipótesis de la escasez de la teoría neoclásica (que Keynes prefería denominar clásica para resaltar la originalidad de su propio sistema): ante la existencia de desempleo involuntario, el problema económico no era la asignación de recursos escasos entre usos alternativos, sino cómo emplear los abundantes recursos laborales que estaban ociosos. Ello constituyó la primera crisis de la teoría

económica neoclásica. Y frente a la reducción llevada a cabo por ésta, Keynes definió “el problema económico” como “el problema de la necesidad, de la pobreza y de la lucha económica entre clases y naciones”, y distinguió entre medios (la acumulación de dinero) y fines (la autorrealización personal), conectando así con las preocupaciones éticas de la definición aristotélica de la economía y los objetivos emancipadores del individualismo progresivo de John Stuart Mill y Marx. En vez de intentar que la realidad se modificase para adecuarse a la teoría, la economía tenía que contribuir a la resolución del desempleo mediante la adaptación de la teoría a la realidad, empezando por un cambio de metodología que pasara de la microeconomía al enfoque agregado. Antes que Keynes, Smith y Walras habían desarrollado un enfoque macroeconómico como resultado exclusivo de agregaciones que se deducían a nivel microeconómico (lo que se denomina agregacionismo). Sin embargo, el planteamiento de Keynes justificó por primera vez las leyes macroeconómicas de comportamiento (leyes que son empíricas) a partir de la ley de los grandes números, de la que era un especialista (en 1921 publicó su tesis doctoral con el título de *Tratado sobre probabilidad*): esta posición, que se denomina unitarismo, abrió una brecha significativa en el principio del individualismo metodológico. La llamada síntesis neoclásica, debida al Nobel Paul Samuelson, trató de cerrar esa brecha combinando la definición de Robbins (la que acabó imponiéndose entre los economistas de la corriente principal tras la II Guerra Mundial) con una vuelta al agregacionismo a la hora de abordar los problemas macroeconómicos (Keynes 1931: 10, 332; Groenewegen 1987: 906; Katouzian 1982: 217-218; Hoover 1994: 723; Barbé 1996: 17-19; González 1997: 27-58; Gordon 1995: 627-628; Colander 2000: 131).

Después de 1950 el centro de gravedad de la ciencia económica se trasladó desde Europa occidental a Estados Unidos, en parte como consecuencia de la Gran Depresión de los años treinta y de la II Guerra Mundial (que llevaron a una estrecha colaboración de los economistas profesionales con el gobierno norteamericano), y en parte por la fuga de cerebros hacia ese país que ocasionó la dominación nazi de Europa. En esos años, la economía no asimiló el falsacionismo popperiano (pese a las apelaciones a Popper), sino la huida hacia adelante del instrumentalismo predictivo. Según esta doctrina, una teoría se confirma si predice correctamente. Para ello se utiliza la “tesis de la simetría”: la explicación científica sigue las mismas reglas que la predicción, con la única diferencia que la explicación se produce después de ocurrido el *explanandum*, mientras que la predicción se produce antes de que tenga lugar el fenómeno en el tiempo; la explicación es simplemente una predicción proyectada hacia el pasado. Este planteamiento sería asumido por Milton Friedman, el líder de la

escuela de Chicago, en su influyente obra *Ensayos sobre economía positiva* (1953), en la que distinguió entre economía positiva (la que analiza los hechos económicos, considerada como una teoría científica análoga a la física, según las reglas de la predicción) y economía normativa (la que propone cómo debería funcionar una economía y que, según este autor, es meramente una cuestión de valores). Lo importante de una teoría no era el realismo de sus supuestos (de hecho cuanto más irreales fueran los supuestos mayor sería la capacidad de la teoría de explicar mucho a través de poco), sino su capacidad de predicción. Gracias a ello la economía positiva, como se autodenominó la corriente principal en esos años, siguió apegada al absolutismo y al individualismo metodológico y se centró en el método hipotético-deductivo por el sistema *mp*, alejándose del canon metodológico popperiano y de los problemas reales. La irrelevancia práctica de la mayor parte de la teoría del crecimiento y la incapacidad de los economistas ortodoxos para enfrentarse a los problemas económicos de la crisis de los setenta, son buenas muestras de esa inoperancia de la teoría. Mientras tanto, se intentaba hacer frente a la proliferación de anomalías en el paradigma neoclásico (constatables en la escasa capacidad predictiva de la teoría del comportamiento del consumidor, y la ineptitud del teorema de Heckscher-Ohlin y del modelo de equilibrio general), con la multiplicación de hipótesis *ad hoc*.

Así, a principios de la década de 1970 se hablaba ya de una segunda crisis de la teoría económica, crisis que alumbró en Estados Unidos nuevas corrientes heterodoxas, como la economía política radical (heredera del marxismo), la economía postkeynesiana (heredera del Keynes genuino frente al llamado keynesianismo bastardo) o la economía ecológica, corrientes que, junto con los seguidores de la escuela institucionalista, incluyeron en el núcleo duro de sus programas de investigación la pobreza, la desigualdad internacional e intergeneracional, el poder y la destrucción del medio ambiente, como alternativas a la escasez y la elección. Con estas nuevas heterodoxias, a las que se vino a sumar en la década de los noventa la economía feminista, el problema económico tal y como lo había definido Keynes, se amplió también al racismo y la discriminación sexista. En este contexto de crisis de la teoría ortodoxa, la corriente principal realizó una nueva huida hacia adelante también en cuanto a la definición del objeto de la economía conocida como imperialismo económico. Promovida por las escuelas de Chicago y de la Elección Pública (en Virginia), resucitó el término de economía política no para resolver los problemas económicos relevantes sino para aplicar la aproximación de Robbins a campos completamente ajenos al análisis económico tradicional, como la familia, el crimen, el sexo y la política, pero sin modificar en un ápice el axioma fundamental de la escasez y la elección ni

la metodología propuesta por Friedman (Morfaux 1985: 96, 130, 160-161, 185, 209, 240-241, 291; Stromberg 1991: 47-55, 84-89, 112-113; Harris 1982: 28-29; Blaug 1985: 20-22, 29-30, 281-284; Caldwell 1987: 922; Hoover 1994: 718; Oldroyd 1993: 349; Gordon 1995: 55, 61, 331, 409-410, 631-640, 650-654; Barbé 1996: 28; Landreth y Colander 1998: 4, 10-11, 379-381, 396-399; Ward 1983: 194-197; Katouzian 1982: 221, 244-246; Groenewegen 1987: 906; Allais 1994: 33, 38-39; Rostow 1994: 270-271).

Paralelamente a esta crisis del objeto de estudio, se vivió una crisis del método de la economía positiva ante las continuas desviaciones de las predicciones de la teoría respecto a la evolución de la economía real, y la multiplicación de estratagemas inmunizadoras. Los especialistas en metodología de la economía seguidores de Popper acusaron a los practicantes de la economía positiva de ser incoherentes con su metodología instrumentalista (si las teorías no predecían correctamente lo coherente hubiera sido abandonarlas) y de no someterse a la prueba de la falsación: la economía positiva se basaba en proposiciones incontrastables y llenas de juicios de valor (era, en realidad, una economía cargada de elementos normativos); la economía positiva dejaba que la formalización matemática determinara la esencia y el contenido del conocimiento, que era cada vez menos relevante; en definitiva, la economía positiva era una moderna escolástica defendida con el único arma –la dogmática– de que disponía la antigua, donde la autoridad de Aristóteles era sustituida por Friedman y, más tarde, por el nuevo gurú del imperialismo económico, Gary Becker. En este contexto, un antiguo creyente de la economía positiva, Donald McCloskey confirmó en la década de 1980 el fracaso de la economía neoclásica como ciencia predictiva (si los economistas hubieran tenido esa capacidad serían todos ricos según McCloskey). Entonces todavía se podía defender la idea que, pese a ello y pese a los múltiples síntomas que indicaban su cambio temático de carácter degenerativo, la economía neoclásica había tenido un éxito completo (es decir, seguían creyéndosela los estudiantes, los profesores y los políticos), merced a su retórica matemático-econométrica que cuanto más crítica más persuasiva resultaba (Katouzian 1982: 18-22, 95-100, 116-117; Boland 1987: 456; Gordon 1995: 652-653, 666, 707; McCloskey 1987: 173-174; 1993: 107 y ss.; Strassmann 1993: 56-57, 60, 65; Mäki 1995: 1300-01; Stettler 1995: 392, 397; Dow 1997: 79).

En la actualidad, el cuestionamiento de la economía neoclásica se ha generalizado. La plataforma *post-autistic economics*, nacida de un grupo de estudiantes y profesores de economía en Francia en 2000 y que se ha extendido a los principales países desarrollados, se propone como objetivo volver al

estudio de los problemas reales (frente a los mundos imaginarios de los modelos abstractos), limitar el uso de las matemáticas a la categoría de herramienta (frente a su concepción de fin en sí mismo) y establecer un enfoque pluralista que aborde los grandes problemas económicos (desempleo, desigualdades, globalización) desde una concepción más compleja del comportamiento humano, que esté atento a la dinámica histórica, que sea contrastable empíricamente y que se abra al diálogo con otras disciplinas de las ciencias sociales (<http://mouv.eco.free.fr>). Por su parte, el presidente de la *History of Economics Society* ha declarado oficialmente “la muerte de la economía neoclásica” y su sustitución por una “economía del nuevo milenio”, más ecléctica, preocupada por el crecimiento económico, que asume una racionalidad limitada, cuestiona el individualismo metodológico, y modeliza en función del criterio de la verificación empírica y la aplicabilidad de resultados al diseño de políticas económicas (Colander 2000: 135-140).

**PALABRAS CLAVE:** individualismo, holismo y dualismo metodológicos, economía normativa y positiva, crematística natural y antinatural, paradigma del desarrollo humano, métodos deductivo e inductivo, racionalismo y empirismo filosóficos, operacionalismo o fisicalismo, problema de la inducción, relativismo y absolutismo metodológicos, dialéctica, *modus ponens* y *modus tollens*, falsacionismo, estrategias inmunizadoras, principio de tenacidad, ciencia normal y revolucionaria, convencionalismo, programas de investigación, núcleo duro, cambios temáticos progresivo y degenerativo, conocimiento situado, retórica, agregacionismo y unitarismo, instrumentalismo predictivo, tesis de la simetría, imperialismo económico.

## BIBLIOGRAFÍA

- Allais, M. (1994): “La pasión por la investigación”, en M. Szenberg ed. (1994: 19-46).
- Backhouse, R. (1988): *Historia del análisis económico moderno*. Madrid.
- (2002). *The Penguin History of Economics*. Londres.
- Barbé, L. (1996): *El curso de la economía. Grandes escuelas, autores y temas del discurso económico*. Barcelona.
- Blaug, M. (1985): *La metodología de la economía o cómo se explican los economistas*. Madrid.
- (2001): “No History of Ideas, Please, We’re Economists”, *Journal of Economic Perspectives*, 15 (1), 145-164.
- Boland, L. (1987): “Methodology”, *NPDE*, III, 455-458.
- Caldwell, B. (1987): “Positivism”, *NPDE*, III, 921-923.
- Colander, D. (2000): “The death of neoclassical economics”, *Journal of the History of Economic Thought*, 22 (2), 127-143.
- Domínguez, R. (2001): “Por qué la economía es una ciencia tan misógina? Una relectura de los clásicos desde la economía feminista”, *Política y Sociedad*, 37, 181-202.
- Dow, S.C. (1997): “Mainstream economic methodology”, *Cambridge Journal of Economics*, 21 (1), 73-93.
- Ekelund, R.B. y Hérbert, R.F. (1991): *Historia de la teoría económica y de su método*. Madrid.
- Febrero, R. ed. (1997): *Qué es la Economía*. Madrid.

- Finely, M.I. (1974): *La economía de la Antigüedad*. México.
- (1979): “Aristóteles y el análisis económico”, en *Vieja y nueva democracia y otros ensayos*. Barcelona, 164-206.
- (1992): *Los griegos de la Antigüedad*. Barcelona.
- Folbre, N. (1991): “The unproductive housewife: her evolution in nineteenth-century economic thought”, *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, 16 (3), 463-484.
- Fukuda-Parr, S. (2003): “The Human Development Paradigm: Operationalizing Sen’s Ideas on Capabilities”, *Feminist Economics*, 9 (2/3), 301-317.
- González, M.J. (1977): “¿Importan los conocimientos biográficos? Una aproximación metodológica a la Historia del Pensamiento Económico”, H.C. Recktenwald ed., *Economía política: una perspectiva histórica*. Madrid, 505-531.
- (1997): “Sobre la definición de economía y otras cuestiones afines”, en R Febrero ed. (1997: 27-64).
- Gordon, S. (1995): *Historia y filosofía de las ciencias sociales*. Barcelona.
- Groenewegen, P. (1987): “«Political economy» and «economics»”, *NPDE*, III, 904-907.
- Hargreaves-Heap, S. y Hollis, M. (1987): “Epistemological issues in economics”, *NPDE*, II, 166-169.
- Harris, M. (1982): *El materialismo cultural*. Madrid.
- Hoover, K.D. (1994): “Why does methodology matter for economics?”, *Economic Journal*, 425, 715-734.
- Katouzian, H. (1982): *Ideología y método en economía*. Barcelona.
- Keynes, J.M. ([1931] 1988): *Ensayos de persuasión*. Barcelona.
- Lamo, E. (1975): *Juicios de valor y ciencia social. Sobre los juicios de valor en las ciencias sociales: una crítica interna del avalorismo*. Valencia.
- Landreth, H. y Colander, D.C. (1998): *Historia del pensamiento económico*. México.
- Lysandrou, P. (1996): “Methodological dualism and the microfoundations of Marx’s economic theory”, *Cambridge Journal of Economics*, 20 (5), 565-584.
- Mäki, U. (1995): “Diagnosing McCloskey” *Journal of Economic Literature*, 33 (4), 1300-18.
- McCloskey, D.N. (1987): “Rhetoric”, *NPDE*, IV, 173-174.
- (1993): *Si eres tan listo. La narrativa de los expertos en economía*. Madrid.
- Morfaux, L.M. (1985): *Diccionario de Ciencias Humanas*. Barcelona.
- Naredo, J.M. (1987): *La economía en evolución. Historia y perspectivas de las categorías básicas del pensamiento económico*. Madrid.
- Nelson, J. (1992): “Gender, metaphor and the definition of Economics”, *Economics and Philosophy*, 8, 103-125.
- (1995): “Feminism and Economics”, *Journal of Economic Perspectives*, 9 (2), 131-148.
- Oldroyd, D. (1993): *El arco del conocimiento. Introducción a la historia de la filosofía y metodología de la ciencia*. Barcelona.
- Rostow, W.W. (1994): “Reflexiones sobre economía política: pasado, presente y futuro”, en M. Szenberg ed. (1994: 257-272).
- Samuelson, P.A. (1994): “Mi filosofía de la vida: credos políticos y métodos de trabajo”, en M. Szenberg ed. (1994: 273-286).
- Schwartz, P. (1997): “Invitación a la economía”, en R. Febrero ed. (1997: 65-99).
- Stettler, M. (1995): “The rhetoric of McCloskey's rhetoric of economics”, *Cambridge Journal of Economics*, 19 (3), 391-403.
- Strassmann, D. (1993b): “Not a Free Market: The Rhetoric of Disciplinary Authority in Economics”, en M.A. Ferber y J. Nelson eds., *Beyond Economic Man. Feminist Theory and Economics*. Chicago, 54-68.
- Stromberg, R.N. (1991): *Historia intelectual europea desde 1789*. Madrid.
- Szenberg, M. ed. (1994): *Grandes economistas de hoy. El testimonio vivo y la visión del mundo de los grandes economistas de hoy*. Madrid.
- Trebeschi, A. (1975): *Manual de historia del pensamiento científico*. Barcelona.
- Urbach, P. (1987): “Paradigm”, *NPDE*, III, 795-796.
- Walsh, V. (1987): “Philosophy and economics”, *NPDE*, III, 861-869.
- Ward, B. (1983): *¿Que le ocurre a la teoría económica?* Madrid.
- Wong, S. (1987): “Positive economics”, *NPDE*, III, 920-921.